

22. El altiplano central en la época tolteca

Leonardo López Luján, INAH

El hecho de que estados poderosos del Postclásico tardío justificaran su posición hegemónica al ostentarse como herederos de un orden político instaurado por los toltecas, hace muy difícil de dilucidar las historias de éstos, Tula y el gobernante Quetzalcóatl. Así, los supuestos herederos hablaban de una Tula maravillosa, en donde las mazorcas de maíz y las calabazas eran tan grandes que cada una tenía que ser cargada por un hombre; el tamaño de las matas de *huauhtli* era tan grande que parecían árboles; el algodón de todos colores brotaba de la planta así, pintado, y cruzaban su cielo aves tropicales. Los toltecas eran imaginados como los máximos artistas del pasado, y Quetzalcóatl como el sabio, el descubridor de los grandes secretos del mundo, que vivía de manera ascética en aposentos preciosos por el oro, plata, piedras preciosas, conchas marinas y plumas finas.

Estos exagerados relatos ocasionaron que se dudase de la identificación de la Tula histórica y la Tula arqueológica. Una Tula tan majestuosa como la descrita en esos documentos no podía ser la población cuyas ruinas, en el actual estado de Hidalgo, eran muy inferiores en urbanismo, dimensiones, belleza y poder a su antecesora Teotihuacan. En efecto, más ornamentada que bella, más ostentosa que fuerte, se juzgó que la Tula arqueológica no podía ser la ciudad del sacerdote

Quetzalcóatl para aquellos que creyeron a pie juntillas en la historia del sabio penitente que quebrantó su ascetismo al embriagarse y yacer con una sacerdotisa. Para ellos sólo Teotihuacan era merecedora de tal gloria.

El debate entre los historiadores se solucionó cuando algunos accidentes geográficos mencionados en las fuentes escritas fueron identificados en la geografía circundante de la Tula Xicocotitlan, la del estado de Hidalgo. Pero no es suficiente comprender que la historia de Tula se cargó de exageraciones. Es necesario entender la causa de la leyenda de su supuesta grandeza: era el soporte político de los dominantes de épocas posteriores, que decían descender de aquellos viejos toltecas y acceder al poder por el linaje noble fundado por Quetzalcóatl. Además, debe tenerse presente que no existió una sola Tula, sino varias, conformadas como centros de poder que en sus momentos de gloria legitimaron a los gobernantes de los pueblos dependientes.

La vida del santo gobernante también se desmorona históricamente cuando se le despoja de la milagrería. Las contradicciones de las fuentes escritas, las distintas épocas en que se afirma vivió y la comparación de su vida con la de ascetas que se creían endiosados, conlleva a una idea muy distinta de su persona. No puede tratarse de un solo hombre. Era un dictado

que recibían todos aquellos gobernantes penitentes que creían ser depositarios del fuego divino del dios Quetzalcóatl, hombres cuyas vidas y características tenían que ajustarse a los atributos y al mito divinos. La existencia de estos gobernantes era más ritualizada que espontánea —incluyendo su gran pecado— y tal vez eran tenidos mas como centros de atracción de las fuerzas divinas que como seres humanos. Si Tula o las Tulas delegaban el poder, los gobernantes que recibían el título de Quetzalcóatl actuaban en nombre de este dios sobre la tierra e instalaban ritualmente a quienes dirigían a los pueblos subordinados a su esfera de influencia religiosa.

Arqueológicamente, se puede afirmar que Tula Xicocotitlan fue habitada en un principio por pueblos provenientes del norte de Teotihuacan. Más tarde, durante el siglo IX de nuestra era, caracterizado por la incesante movilidad social y la contracción de las fronteras mesoamericanas, hicieron su aparición en el actual estado de Hidalgo los tolteca-chichimecas. Asimismo, arribarían entonces a Tula los nonoalcas —probablemente de Tabasco—, pueblo de habla náhuatl que rendía culto a Quetzalcóatl en su advocación de Tlahuizcalpantecuhtli o “señor de la casa de la aurora”. El registro arqueológico nos muestra que para ese entonces Tula era una pequeña aldea pluriétnica. No fue sino hasta el siglo X cuando Tula Xicocotitlan alcanzaría su verdadero apogeo, cuando se tornaría en el centro urbano de mayor importancia del Altiplano Central. Su ubicación en el área marginal mesoamericana ocasionó la rápida expansión, nunca antes vista, de las fronteras y la sedentarización de muchos de los grupos que poblaban la Gran Chichimeca.

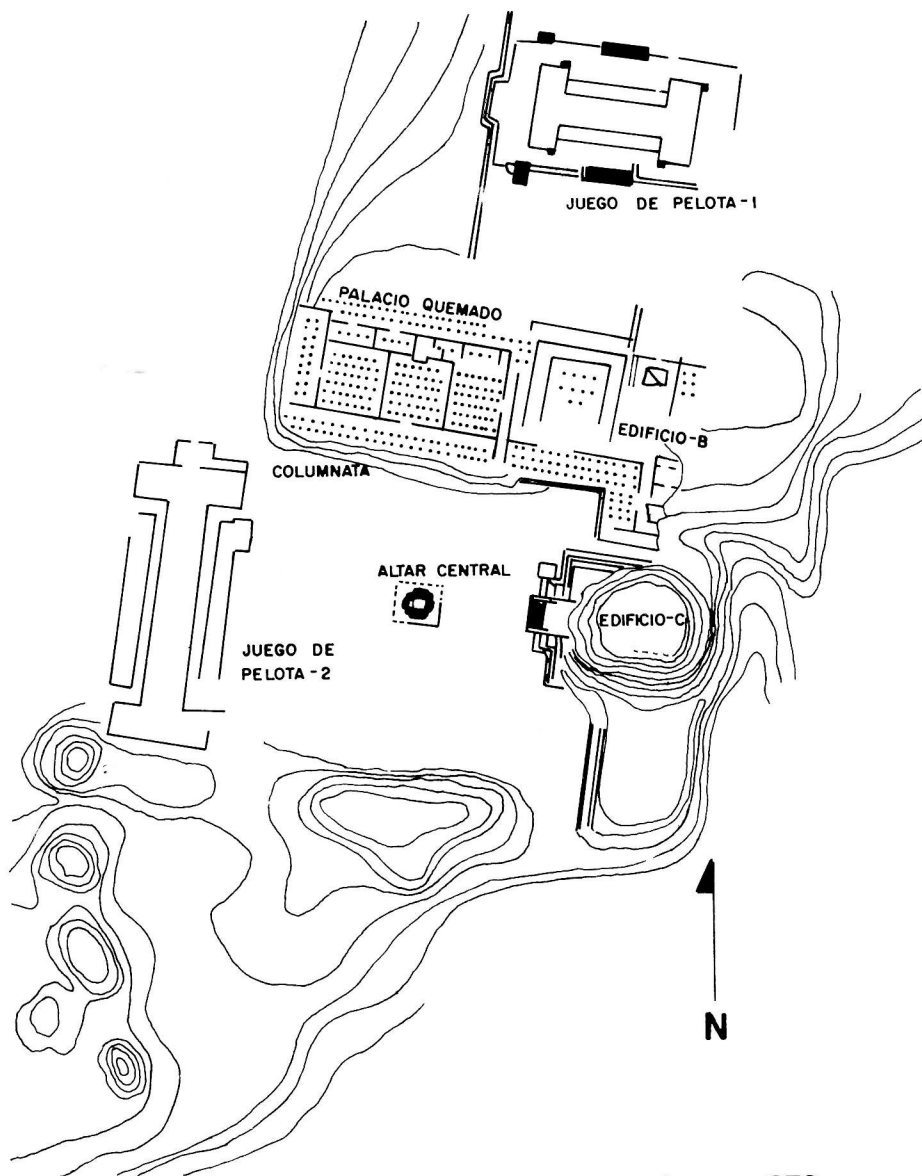
Tula fue un asentamiento con base agrícola cuya población estaba dedicada, casi en sus totalidad, a las actividades relacionadas directamente con la producción de alimentos. A pesar de que tenía unos 50,000 habitantes, Tula poseía una muy baja densidad poblacional. Esto se hace evidente porque la mayoría de las

unidades habitacionales se encontraban muy alejadas unas de otras y contaban con campos de cultivo en su entorno. El núcleo urbano manifiesta una traza preconcebida típicamente mesoamericana, pero incluye nuevos elementos arquitectónicos que dan a conocer una época de cambio. Las estructuras mayores limitan una gran plaza rectangular que tiene una desviación de 18° al oriente, lo mismo que en otras urbes de Mesoamérica. El costado oriental de la plaza está limitado por el edificio C, que es el de mayores dimensiones; al norte se encuentra el edificio B, dedicado a Tlahuizcalpantecuhtli y en cuyos elementos se resumen todos los rasgos característicos de la arquitectura tolteca. También al norte está el recinto conocido como Palacio Quemado. En el extremo poniente de la plaza se localiza un juego de pelota de grandes dimensiones y, finalmente, en el costado sur, una plataforma aún sin explorar.

En lo que respecta a la arquitectura, en Tula se revolucionaron las ideas mesoamericanas concernientes al manejo del espacio. Con la combinación de series de columnas de espiga y techumbres ligeras, los recintos religiosos y palaciegos adquieren dimensiones majestuosas. Por ejemplo, el edificio dedicado a Tlahuizcalpantecuhtli cuenta con un novedoso espacio con pórticos en su extremo sur. Sobre su estructura se ubica un templo de dos recintos. Su acceso se lograba por tres vanos flanqueados por pilastras en forma de serpientes. En su interior, cuatro columnas representaban guerreros ricamente ataviados y cuatro pilastras esculpidas con motivos militaristas hacían las veces de soportes aislados de un gran techo plano. Asimismo, en Tula comienza la tradición del *coatepanthli* o “muro de serpientes”, después generalizada en todo el Altiplano.

En lo que se refiere a la escultura, Tula introduce sus propios motivos iconográficos: hace constante insistencia en las escenas militares. Es común encontrar esculturas francamente integradas a la arquitectura que representan a individuos

PRINCIPALES EDIFICIOS DE TULA, HIDALGO



Tomado de Acosta 1976.

armados, como sucede en las banquetas con bajorrelieves del Palacio Quemado, que muestran procesiones de guerreros. También son frecuentes las imágenes de jaguares, coyotes, águilas y zopilotes que devoran corazones, así como las esculturas exentas de pequeños guerreros, similares a atlantes, que sostienen con sus brazos en alto banquetas monolíticas. Pero las representaciones escultóricas que dieron una mayor celebridad a la cultura tolteca y que siglos después serían comunes entre tarascos, mayas y mexicas, son aquellas imágenes antropomorfas, reclinadas, que sostienen sobre su abdomen un vaso para ofrendas y que son conocidas como *chac mool*.

Las fuentes históricas presentan datos frecuentemente divergentes acerca del abandono definitivo de Tula. Los cálculos de la salida de Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl hacia Tlilan Tlapallan varían según los informes de los diversos textos: se habla de los años 987, 1184 e incluso del 1204. Arqueológicamente se ha podido demostrar que el centro ceremonial más famoso del Postclásico temprano cae y es destruido en el siglo X por grupos posiblemente provenientes de la Cuenca de México. Estos son los productores de la cerámica llamada Azteca II. Sin embargo, la región nunca se deshabita: durante el Postclásico tardío, Tula alcanza una población tan densa como la del periodo anterior.

Las especulaciones acerca del derrotero final del gobernante asceta, que partiría hacia el oriente para volver en un año Uno Caña, son abundantes. Algunas

fuentes aseveran que en el año 987 llegaría a tierras yucatecas, ahora con el nombre de Kukulcán (o “serpiente emplumada” en lengua maya). Al parecer, la influencia tolteca en el área maya se manifiesta desde el siglo IX y es posible vislumbrarla en sitios tan remotos como el Valle del Motagua en Honduras. Recientes investigaciones han postulado que dichas influencias fueron promovidas por los putunes, comerciantes oriundos de Tabasco y Campeche que habían logrado fuertes nexos con sus vecinos del Altiplano. Los putunes recorrían rutas y puertos de intercambio establecidos desde el periodo Postclásico con el fin de vender bienes de prestigio producidos en lejanas regiones. Una rama de los putunes, los itzaes, colonizaron Chichén Itzá y lo dominaron entre los años 987 y 1224. Posiblemente después de la llegada de los itzaes, hicieron su aparición grupos toltecas disidentes que establecieron una religión que veneraba primordialmente a dioses astrales y promovía los sacrificios humanos y el expansionismo militar. Es así como súbitamente irrumpen en Chichén Itzá los estilos arquitectónicos y escultóricos toltecas con elementos tales como los recintos sostenidos por columnatas, el tablero y el talud, las columnas de serpientes emplumadas, las banquetas con representaciones de procesiones de guerreros, el *chac mool* y las imágenes de fieras devorando corazones.

Los mayas de Chichén Itzá copiarían los gustos estilísticos del grupo hegemónico tolteca, aunque con mayores dimensiones y mejores técnicas que en la misma Tula Xicocotitlan.

Bibliografía

- ACOSTA, Jorge R.
1976 "Los toltecas", en Piña Chan, Román (ed.): *Los señoríos y estados militaristas*, México, SEP/INAH, México: Panorama histórico y cultural IX, p. 137-158.
- JIMENEZ MORENO, Wigberto
1941 "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* v. V, núm. 2-3, México, Sociedad Mexicana de Antropología, p. 79-84.
- KIRCHHOFF, Paul; Lina ODEGA G. y Luis REYES GARCIA
1976 *Historia tolteca-chichimeca*, México, INAH-CISINAH-SEP.
- YADEUN ANGULO, Juan
1975 *El estado y la ciudad: El caso de Tula, Hgo. (Proyecto Tula)*, México, INAH (Colección Científica núm. 25).